

El erotismo en el arte sacro

SOFÍA GAMBOA DUARTE

después de la muerte. Tampoco le tengo miedo a la muerte. Y, ¿qué otras opciones hay? ¿La vida eterna? No, por favor. De por sí es bastante difícil sobrevivir al día tras día física, mental y económicamente. Lo que de niño sólo me causaba un vago malestar ha resultado ser un gigantesco montón de mierda. No creo que haya alguien decente que quiera permanecer aquí para siempre».



Existe una gran variedad de pasiones inherentes a la naturaleza humana y la mayoría de ellas han sido manifiestas en diversas expresiones artísticas a lo largo de toda la historia de las civilizaciones.

Nótense los antiguos relieves en las estelas sumerias donde se exalta el valor y el heroísmo imperante en las grandes batallas protagonizadas por los más aguerridos soldados (e, incluso, por los mismos reyes). A manera de murales, colocados a la entrada de las ciudades, impresionaban a los visitantes con ostentación de victoria y de grandeza para dejar en claro el arribo a un reino de poder.

Clásicos son también los frescos griegos o los mosaicos romanos que muestran la voluptuosidad con que los antiguos ciudadanos se arrojaban a la vida y colmaban en ella cada uno de sus sentidos, ya fuera en la cotidianidad, en la fiesta o en los ritos sagrados. Las esculturas y los relieves griegos dedicados a las distintas divinidades reflejan las pasiones que invadían y trastocaban la ecuanimidad de los poderosos hacedores: ira, celos, odio y amor se encarnan y transforman la mente y el espíritu de quienes los padecen, inmortales o no.

Aun el arte más sagrado de las religiones que retratan sus principales ritos, mitos o creencias donde el hombre es generalmente el protagonista que los ilustra, se encuentra plagado de todo tipo de pasiones en sus más variados grados y modos de expresión. Mitos o ritos representados en la piedra con pintura o con cinceles no pueden evitar

el asomo de la pasión, ya sea como ejemplo de censura en la mesurada conducta de un sabio que como exaltación de un arrebatado abandono en la fe.

A pesar de la repetida alusión a cada una de las pasiones, la más realizada de todas ellas es, sin duda, el erotismo, por el gozo que denota y la sublimidad a la que nos hace trascender. El entusiasmo desbordado del instinto sexual, latente en todos los animales, eleva al hombre por encima de éstos y lo conduce hacia el erotismo (el cual, como el arte, le pertenecen únicamente a la naturaleza humana: ambos son sólo asequibles a la conciencia).

La presencia de la sensualidad en nuestra realidad es innegable y su influencia en el arte ha sido siempre latente, aunque es hasta una época muy reciente en la que aparece como el tema explícito de una obra.

El erotismo nace en el arte como una parte fundamental: remontados a sus primeros vestigios en las pinturas rupestres y en las esculturas votivas de las diversas Venus, observaremos que en aquellas se hace una constante referencia a los signos de la fecundidad de ambos sexos: con cierta frecuencia los varones son representados con el miembro erecto y las mujeres esculpidas poseen siempre senos, caderas y vientres prominentes. En otras palabras: aunque se trate de rituales en torno de la fecundidad, el erotismo se encuentra íntimamente ligado a ella.

No existe ninguna cultura a lo largo de la historia de las civilizaciones cuyo



arte esté desprovisto de sensualidad: ciertamente, unas más que otras muestran y hasta ostentan la voluptuosidad subyacente en su vida cotidiana o religiosa. Incluso aquellas donde la representación visual de seres vivos está vedada a la mano humana, se encuentra la literatura, provista de toda la exaltación que irremediablemente se apodera de los sentidos en algún momento de la existencia humana.

La más poderosa de las experiencias eróticas sólo es comparable con el éxtasis religioso o con el estético: el vínculo que mantiene con lo sagrado, en diversos ritos religiosos, muestra el poder de sobrepasar lo mundano para extraviarse en el embelesamiento de una catarsis mística. Cabe recordar las originarias fiestas en las que el chamán dirige a toda la comunidad a través de una especie de trance para ingresar al ámbito de lo sagrado en búsqueda del contacto supremo con la divinidad. Este momento se alcanza con la pérdida de todo contacto mundano: el hechicero y los que así mismo logran conseguir esta unión denotarán rostros desencajados por el éxtasis en que se han sumergido y entonces el cuerpo sólo es una nimia imagen de la extraordinaria vivencia por la que atraviesa el espíritu durante unos instantes.

Obsérvense los rostros de aquellos que, sumergidos en la más profunda abstracción del mundo, afirman la presencia de Dios frente a sí apenas durante un breve momento que además logra escapar del tiempo y hurtar un fragmento de infinito como un obsequio para la conciencia.

¿Qué diferencia hay entre el éxtasis de santa Teresa y el de una ninfa griega inmortalizados en la nívea resistencia de la piedra? Los rostros de ambas mujeres yacen absortos en una vivencia de placer insoslayable: parecen perdidos en un tiempo y en un espacio que no nos pertenecen y a los que sólo nos está permitido un fugaz atisbo. Las dos

figuras irradian la calidez de la sublimidad alcanzada y, no obstante, el acceso a semejante vivencia ha sido en cada una de ellas a través de distintos caminos.

La experiencia mística, la erótica y la estética nos conducen de manera muy diferente, pero igualmente efectiva, a esa experiencia de lo infinito, de la trascendencia de los sentidos y de la conciencia donde se logra la supresión del yo en una fusión con la existencia. Y a pesar de que la experiencia alcanzada por las tres vías posea las mismas características, según Georges Bataille hay un vínculo fundamental entre el éxtasis religioso y el erotismo, pues en estas dos la abolición del yo es absoluta y sin medida, mientras que la experiencia estética posee otras vías alternas y no siempre conduce a esa supresión.

El erotismo se encuentra presente incluso en el más sublime acto de fe religiosa donde el piadoso creyente busca la unión absoluta con Dios: en la sensualidad el frenesí de los sentidos es lanzado más allá de ellos en una realidad distinta de la ordinaria (una pequeña muerte, en palabras de Bataille). Esa búsqueda de la evasión de la conciencia es una necesidad del espíritu humano que constantemente anhela porque le está vedada mientras sea partícipe de la existencia.

Ya que el arte es un medio expresivo de sentimientos, ideas y pasiones, toma la experiencia de los místicos como uno de sus temas predilectos y, así, pinturas y esculturas dan cuenta del éxtasis alcanzado por tan excepcionales individuos. El resto de nosotros, muy distantes del misticismo, encontramos en el erotismo una vía más accesible para alcanzar una experiencia semejante. Ignorantes de la experiencia por la que han atravesado esas almas, sólo contemplamos su reflejo en la imagen que el artista ha representado sobre ella. ¿Qué patrón tenemos para imaginar su aspecto sino la experiencia erótica? Y

¿acaso no nos remite también a ella la contemplación de la obra de arte una vez terminada?

El arte sagrado de diversas culturas ha mantenido presente este aspecto de la humanidad: en el erotismo se deleitan las divinidades grecorromanas en busca de la más sublime de las vivencias y los hombres son impulsados a entregarse a él sin reparos ni reticencias. El cristianismo se postula de manera tajante en contra de la sensualidad y desde el periodo bizantino hasta la alta Edad Media prácticamente aquella desaparece de las artes.

Con la llegada del Renacimiento, el erotismo vuelve a aparecer en los desnudos de pinturas y esculturas: temas paganos y cristianos son tratados de acuerdo con la inspiración clásica y es así como el arrobamiento erótico sirve de modelo para representar la experiencia mística.

El éxtasis religioso en que se sumergieron los místicos cristianos es llevado al arte sacro como inspiración para los devotos creyentes que intentan deslindar la conciencia de los placeres y desgracias mundanos en una vida consagrada a Dios. Paradójicamente, la guía según la cual han tomado forma las pías imágenes, ha sido la embriaguez erótica que conduce a la equivalente abstracción.

